

La anáfora desde una perspectiva textual

MARÍA DOLORES VIVERO GARCÍA
UAM

Dentro de los fenómenos que exceden las fronteras oracionales, la anáfora constituye uno de los mecanismos más importantes de cohesión entre enunciados en el seno del discurso. La anáfora, como se sabe, remite a un segmento textual anterior, estableciendo relaciones de identidad semántica entre unidades textuales discontinuas. En tanto que fenómeno que sobrepasa los límites de la frase, se considera que su estudio ha favorecido el paso de una lingüística de la frase a una lingüística del texto, lo cual ha suscitado en los últimos años un notable interés.

Este interés por la anáfora desde una óptica textual, viene dado también por su importancia en la enseñanza-aprendizaje de la escritura tanto en lengua materna como en lengua extranjera. En esta última, el empleo de los procedimientos anafóricos plantea numerosos problemas que no se limitan a las faltas por omisión del pronombre sujeto, a la falta de concordancia morfológica o al no respeto de las funciones sintácticas; en efecto, son frecuentes también los casos de ambigüedades cuando hay varios segmentos anteriores susceptibles de ser anaforizados por un mismo pronombre *il* o *elle*, o las repeticiones literales de un sintagma nominal allí donde sería esperable una sustitución léxica. Pero quizá lo más frecuente, en lengua extranjera, es el recurso a la designación de los actores humanos mediante el nombre propio, como manera de evitar todo riesgo de confusión, en lugar de emplear formas anafóricas. Por último, tanto en lengua materna como en lengua extranjera, los estudiantes utilizan poco los hiperónimos y parasinónimos como sustitutos nominales; lo mismo ocurre con la anáfora conceptual o recapitulativa, que tiene un papel importante en el discurso argumentativo¹.

Comenzaremos aquí por presentar las diferentes perspectivas en el estudio de la anáfora, haciendo especial hincapié en el interés de la perspectiva textual o discurs-

¹ A los estudiantes les resulta más fácil utilizar en estos casos una anáfora pronominal neutra como *cela*. La búsqueda de un sustantivo apropiado para la anáfora exige tener una buena competencia léxica y dominar la operación de nominalización para poder, con el sustantivo elegido, conceptualizar a la vez el aporte del contexto anterior y la orientación argumentativa del discurso.

siva. Desde este enfoque, intentaremos aportar, a continuación, algunos elementos sintéticos sobre el funcionamiento, en francés escrito, de la anáfora léxica y de la pronominal. Finalmente, examinaremos algunos ejemplos de estas anáforas en un cuento de Flaubert.

ENFOQUES EN EL ESTUDIO DE LA ANÁFORA

El estudio de la anáfora es un campo en plena renovación teórica y metodológica que presenta perspectivas diversas. En primer lugar, habría que distinguir la perspectiva estrictamente sintáctica, fundamentalmente representada por la teoría del ligamiento de la gramática generativa y por los análisis sintácticos que en ella se inspiran. La teoría del ligamiento (Chomsky, 1981 y 1982) aborda, en el componente sintáctico, únicamente los fenómenos de ligamiento frásico delimitados de forma estricta: los principios de ligamiento son pertinentes, en la teoría de Chomsky, para los pronombres recíprocos y los reflexivos, los únicos ligados localmente y con antecedente en posición argumental. Así, por ejemplo, en *Pierre(i) avoue que son(i) humour l'(i) amuse lui-même(i)*, de los tres segmentos que remiten a *Pierre* (*son humour*, el pronombre elidido *l'* y el reflexivo *lui-même*), sólo éste último es considerado como anafórico desde el enfoque generativista, ya que es el único que está ligado en su categoría rectora mínima. El análisis sintáctico, desde esta óptica, da cuenta del hecho de que la anáfora *lui-même* está obligatoriamente coindizada con el clítico *le* inmediatamente anterior; esto explica que sea *le* y *lui-même* los que son correferenciales y no *humour* y *lui-même*.

En general, se puede decir que esta perspectiva ha descrito las reglas que permiten identificar el elemento rector por ligamiento intrafrásico, dando lugar a un estudio preciso de algunas marcas pronominales en el marco de la frase. Es pues indudable su rentabilidad en el análisis sintáctico de la anáfora en el plano frásico, sobre todo si, como ha sido la tendencia después, se ha ido hacia una extensión de la pertinencia de los principios del ligamiento a otros fenómenos de repetición, considerando la teoría del ligamiento en sí misma como una teoría parcial de la anáfora oracional. En esta línea, hay que citar los estudios de Milner, Godard y Pica (1984) o los de Zribi-Hertz (1990); ésta última, partiendo también del marco generativista, describe la focalización que opera el reflexivo sobre el clítico al que está asociado y pone de manifiesto que la serie *le ... lui-même* obedece a una regla de *logoforicidad*, es decir que ha de tener como antecedente al sujeto de consciencia o foco de percepción. Conjugando así el análisis sintáctico con consideraciones semánticas Zribi-Hertz llega a la conclusión de que el enfoque semántico permite elucidar aspectos complementarios a los sintácticos.

En lo que se refiere al enfoque semántico, pero sobrepasando ya el marco frásico; hay que tener en cuenta las descripciones que se han hecho; desde una reflexión sobre la referencia, de los diferentes procesos de identificación. Una especial relevancia tiene el debate sobre la distribución definido/demostrativo en la repetición literal. Muy esquemáticamente, Blanche-Benveniste y Chervel (1966) señalan

que el SN definido aseguraría una identificación externa de la noción, opuesta a otras nociones; por el contrario, el SN demostrativo permitiría una identificación interna de la noción, como tipo particular dentro de su clase semántica. Por su parte, Corblin (1987), que se propone definir las categorías lingüísticas del indefinido, del definido y del demostrativo, sostiene que el demostrativo designa, como un auténtico deíctico, una entidad presente ya sea en el contexto extra-lingüístico o en la memoria del locutor; al mismo tiempo, la anáfora demostrativa operaría una *reclasificación* del antecedente textual.

Sosteniendo que cada tipo de expresión referencial supone un proceso de identificación específico, Kleiber (1986 y 1994) se propone describir el funcionamiento semántico-referencial de los diferentes tipos de anáfora. Así, este autor postula que el definido, a semejanza del pronombre personal sujeto, remite a la noción indirectamente, es decir a través de cierto dominio de validez que Kleiber llama, siguiendo a Kaplan, *circunstancias de evaluación*². Por el contrario, el demostrativo, según Kleiber, recoge y discrimina la noción directamente en su contexto de enunciación inmediato. Lo más interesante de esta descripción, desde nuestro punto de vista, es la noción de continuidad referida al definido: para que la anaforización por medio del SN definido sea posible, es necesario, señala Kleiber, que la segunda oración se sitúe en la prolongación del marco de acontecimientos que la primera ha trazado.

En cuanto al enfoque discursivo o textual, hace hincapié en el papel indispensable que cumple la anáfora en la construcción de la textualidad. En todo texto se da un equilibrio entre la repetición de lo ya conocido (el tema, es decir, aquello de lo que se habla) y el aporte de contenidos nuevos (el rema, es decir, lo que se dice del tema)³. En esta dinámica informativa la anáfora resulta ser un factor esencial de cohesión, ya que refiriéndose a lo ya dicho o conocido, permite mantener el hilo conductor del discurso.

Desde esta perspectiva discursiva, se ha subrayado así mismo la insuficiencia de la noción de *antecedente*, poniendo de manifiesto que la anáfora se refiere a una información disponible en el saber compartido por los interlocutores y que este saber viene alimentado tanto por elementos contextuales como por elementos del cotexto estrictamente lingüístico. Así, en un enunciado como *À Paris, ils roulent comme des fous*, no existe un antecedente textual: el anafórico *ils* se interpreta mediante una inferencia a partir de *Paris*. El elemento textual *Paris* sería, por lo tanto, un simple *déclencheur d'antécédent* (Cornish, 1990: 91), es decir, un antecedente textual aparente. Resulta pues evidente que las relaciones anafóricas ponen en juego inferencias contextuales y conocimientos compartidos por los interlocutores. Adoptando una concepción amplia de la anáfora, se considera que los anafóricos

² Se trata, según Kleiber, de las condiciones que justifican la unicidad del referente, es decir, del dominio de validez con respecto al cual queda justificada la descripción definida.

³ Nos referimos aquí al marco de análisis de tipo informacional desarrollado por la perspectiva funcional de la Escuela de Praga, considerando la cohesión y la progresión como dos dimensiones de la textualidad.

retoman una información que viene dada tanto en el texto mismo como en las inferencias autorizadas por los elementos presentes en el texto ⁴. Consecuentemente, Reichler-Béguelin (1988: 18 y 1995: 66) considera la anáfora como fenómeno de repetición de una información cuyas fuentes son relativamente complejas, ya que, además del saber lingüísticamente construido por el texto mismo, pueden intervenir también los contenidos inferenciales que es posible calcular a partir de los contenidos lingüísticos tomados como premisas ⁵. Efectivamente, como en todo fenómeno discursivo, en el análisis de la anáfora hay que tomar en cuenta los factores contextuales.

Además, en lo que se refiere a los elementos propiamente cotextuales, Reichler-Béguelin y Cornish ponen también de manifiesto que éstos no se limitan exclusivamente al llamado *antecedente*, ya que interviene también el conjunto de predicaciones que le acompañan. Efectivamente, la unidad anaforizante puede integrar las predicaciones que acompañan al segmento anaforizado, pudiendo integrar incluso amplios segmentos textuales y recibir así rasgos semánticos no necesariamente incluidos en el mero *antecedente*. Esto es particularmente patente en el caso de la anaforización de los nombres propios, que se van cargando de contenido a medida que avanza el texto: esta modificación progresiva autoriza, por ejemplo, en *L'Assommoir* de Zola, la anaforización de *Gervaise* por un SN como *la blanchisseuse* o como *la femme de Coupeau* ⁶. En general, toda nueva predicación de un elemento anaforizado puede ser recordada y ratificada por un anaforizante, por lo que, a menudo, resulta inexacta la concepción de la anáfora como operación de identificación binaria entre exclusivamente estas dos unidades textuales. Habrá que insistir, pues, en que el texto induce progresivamente un efecto de representación ⁷ dinámico, el cual puede ser retomado, confirmado o sintetizado por las sucesivas anáforas.

En este mismo sentido, Rastier, dentro del marco de su semántica textual, incide en la concepción dinámica de las cadenas anafóricas. Como analiza Rastier, las

⁴ Esto aparece particularmente en las anáforas llamadas *asociativas*, que se basan en un saber compartido por los interlocutores: *Ils arrivèrent au village; l'église était fermée*, donde la anáfora asociativa *l'église* hace intervenir un saber compartido según el cual en un pueblo existe siempre una iglesia. Pero los implícitos intervienen no sólo en este tipo de anáforas.

⁵ Utilizando la noción de memoria discursiva, que se refiere al conjunto de conocimientos compartidos por los interlocutores Reichler-Béguelin (1988: 21) reduce la distancia entre deixis y anáfora, puesto que en los dos casos se trataría de una referencia a informaciones contenidas en las representaciones mentales compartidas por los participantes en el intercambio verbal. Desde este enfoque cognitivista, la oposición deixis/anáfora estriba únicamente en el modo diferente en que es alimentada la memoria discursiva.

⁶ En algunos relatos, las anáforas van explicitando las etapas y resumen casi por sí solas la historia. Así en el cuento de Apollinaire *Le Giton*, Louis Gian se va transformando al hilo del texto en *l'impie, le jeune Nissard, l'apprenti, le giton, l'encroupé* y termina siendo *l'empalé*. Lo mismo ocurre, de manera más general, con toda anáfora que, mediante un SN definido o demostrativo, evoca a un actor según su estado o según un papel narrativo (*l'alcette victime*), así como en el caso de la anáfora recapitulativa (*cette évolution*).

⁷ El término *efecto de representación* lo tomamos de la *Textique* de Jean Ricardou: para Ricardou, el efecto de representación reside en la capacidad de las marcas materiales para hacer surgir, en la mente del lector, una idea diferente a la de ellas mismas.

anáforas van encadenadas en haces de isotopías específicas (formadas por recurrencias de semas específicos), los cuales constituyen una molécula sémica. Un actor (no necesariamente humano) está formado, pues, por una molécula sémica. Pero ésta no es invariable, sino que se va modificando, ganando o perdiendo semas, al hilo del desarrollo textual. Sin embargo, es identificable a través de sus modificaciones, ya que los diferentes segmentos de una cadena anafórica son identificados como ocurrencias de una misma molécula sémica.

Rastier (1994: 129) subraya así mismo que la relación de equivalencia semántica puede ser más o menos amplia, pudiendo incluso limitarse a un sema. La propagación de rasgos semánticos contextuales entre la unidad anaforizada y la anaforizante es selectiva, es decir, no todos los rasgos de la primera se propagan hacia la segunda. Así en un enunciado como *J'ai raté mon bus, mais je vais l'attraper dans cinq minutes* (Rastier, 1994: 52), el único rasgo pertinente es la función común a todo *bus*; y este rasgo, una vez actualizado, permite establecer una identificación entre estas dos unidades semánticas, independientemente del hecho de que no haya correferencia, es decir que no se trate del mismo vehículo.

Como vemos, el funcionamiento de la anáfora en el discurso pone en juego diversos parámetros en interacción, por lo que las diferentes perspectivas de análisis resultan, en muchos casos, complementarias y, desde nuestro punto de vista, indisolubles del papel que la anáfora juega en el texto.

LA ANÁFORA LÉXICA

Entre las diferentes anáforas, tiene una especial importancia la anáfora léxica, que incluye un nombre y que suele tener la forma de un SN cuyo determinante asegura la interpretación anafórica. Destacaremos aquí dos aspectos esenciales: el empleo de los determinantes (*le/ce*) y la diversidad de funciones de la anáfora demostrativa. La distribución *le/ce*, sobre la que tanto se ha escrito, sigue siendo uno de los puntos más difíciles de teorizar, exceptuando algunas regularidades como la preferencia por el demostrativo para repetir literalmente un SN situado en proximidad:

Il s'agissait de réparer une mare. *Cette mare*, grande comme un étang, fuyait. (Gide, 1958: 412)⁸

Aunque cuando se trata de repetir con valor contrastivo un N coordinado o introducido previamente junto con otros, se prefiere el definido:

Il y avait là un lit, quelques chaises et une table. *La table* occupait le centre de la pièce.

⁸ El subrayado, en todas las citas, es nuestro.

Según la descripción de Blanche-Benveniste y Chervel (1966), se trata aquí, en efecto, de una captación externa de *la table* en contraste con *un lit* y *quelques chaises*. El demostrativo, en cambio, identificaría al referente dentro de su categoría, como ocurre, por ejemplo, en la *Fable Le Lion et le Rat*:

Entre les pattes d'un lion,
Un rat sortit de terre [...]
Quelqu'un aurait-il jamais cru
Qu'un lion d'un rat eût affaire?
Cependant il advint qu'au sortir des forêts
Ce lion fut pris dans des rêts [...] (La Fontaine: 1954: 61)

Ce lion, marca una puesta en relieve del actor con respecto a cualquier otro de su misma especie. Y cuanto más esperable es la anáfora definida, más la demostrativa marca cierta insistencia. En el ejemplo siguiente, *la chambre* sería posible, pero *cette chambre* introduce una focalización que produce un efecto de énfasis:

Le festival, le bal, tout eut lieu [...] dans une grande chambre éclairée par des lampes [...], tendue d'un papier crasseux [...]. Dans *cette chambre*, quatre-vingts personnes endimanchées [...] (Balzac, 1950: 68).

Recogiendo desde un enfoque textual algunos de los aspectos de las descripciones que se han hecho, podemos decir que la anáfora demostrativa, al tiempo que marca una identidad semántica con un segmento del contexto izquierdo, focaliza esta molécula sémica (este semantismo común) para convertir al actor así constituido en tema discursivo, es decir que lo pone de relieve con respecto a cualquier otro tema de discurso posible. De esta manera, la anáfora demostrativa conecta con el efecto de representación globalmente construido hasta ese momento por el discurso, pero marcando cierta discontinuidad, debido a la focalización que opera. El demostrativo resulta pues tanto más innecesario cuanto más en continuidad enlaza el contexto derecho a la anáfora con respecto al efecto de representación que su contexto izquierdo ha permitido construir. Gracias a su poder de focalización, el demostrativo puede asegurar una función textual de reorientación temática, según vemos en el ejemplo siguiente, donde *cette table* abre un desarrollo textual en torno a un nuevo tema discursivo:

Eliane entra dans une chambre où il y avait un lit, quelques chaises et une table. *Cette table* lui rappelait quelque chose.

El demostrativo permite, además, como vemos, introducir un nuevo punto de vista sobre un objeto construido contextualmente: *cette table*, introduce un punto de vista asumido por *Eliane*.

También en las anáforas no literales, llamadas *infieles*, la anáfora demostrativa puede introducir un foco de percepción. En el ejemplo siguiente, *cette ombre chinoise* da lugar a un embrión de focalización interna, en la que el foco de percepción sería *bien des gens*:

Monsieur Poiret était une espèce de mécanicien. En l'apercevant s'étendre comme une ombre grise [...], la tête couverte [...], tenant à peine sa canne [...] bien des gens se demandaient si *cette ombre chinoise* [...] (Balzac, 1951: 855).

En este último caso es necesario el demostrativo⁹, pero cuando la anáfora definida es posible, el efecto de énfasis, como ocurría con la anáfora *fiel*, es más notable. Así, en Balzac, la anáfora demostrativa constituye, muchas veces, una marca enunciativa del narrador: en *Facino Cane* (Balzac, 1950: 69), por ejemplo, *ce trio d'aveugles, ces artistes, ce veillard*. A nivel enunciativo, Corblin (1983) ha analizado igualmente, en *Thérèse Raquin* de Zola, el efecto producido por las anáforas demostrativas del tipo *cet homme, cette femme* para designar a los personajes. A través de ellas, señala Corblin, se hace patente el punto de vista del narrador que, deteniendo la narración, capta a los personajes como casos dignos de atención¹⁰.

Ahora bien, podemos añadir a esto que el demostrativo puede también marcar una focalización externa; así, al principio de *Loin de Rueil*, el personaje femenino construido mediante los términos *une bonne... elle...* y las correspondientes predicaciones, aparece a continuación desde un punto de vista externo al narrador: *Il propose à cette fille de passer un moment chez lui* (Queneau, 1944: 10).

Como vemos, la anáfora y, en particular, la demostrativa, no es en absoluto un simple procedimiento útil para evitar la repetición de una unidad textual. Además, la anáfora *infidel*, mediante la reformulación léxica, puede aportar nuevas predicaciones al tiempo que enlaza con lo ya dicho. Mientras que el sustantivo de la anáfora definida, debe responder a reglas de equivalencia con el segmento anafórico (más o menos amplio), el contenido léxico de la anáfora demostrativa, por el contrario, aún debiendo mantener también una cierta relación de equivalencia semántica, es sin embargo, mucho más libre. En efecto, como ya hemos visto, el demostrativo permite anáforas mucho menos justificadas semánticamente por el contexto anterior, por lo que las anáforas demostrativas pueden hacer progresar el texto con más facilidad, al tiempo que aseguran su cohesión. Este doble papel textual de la anáfora suele ser muy utilizado en el discurso periodístico:

Dans quel type de capitalisme voulons-nous vivre? C'est la question que pose avec une clarté pédagogique Michel Albert, [...]. Il est urgent d'y répondre, car, dit *cet adepte de toujours de l'économie de marché*, le capitalisme [...] est redevenu dangereux (*Le Nouvel Observateur*, 26-9/2-10 1991).

⁹ El definido sería aquí insuficiente para marcar la relación anafórica: *l'ombre chinoise* no se comprendería como una anáfora. En estos casos, en que la relación semántica con el contexto anterior es restringida, el demostrativo es la marca que garantiza la interpretación anafórica, ya que resulta difícil calcular la relación de equivalencia sobre una base estrictamente léxica.

¹⁰ Corblin opone esta escritura a la de *L'Education sentimentale*, en donde la ausencia de anáforas definidas y el empleo de anáforas pronominales y de nombres propios (ambos designadores rígidos) contribuyen a lo que, refiriéndose al estilo de Flaubert, Proust ha llamado *le suivi d'une vision*.

Encontramos en este ejemplo, bajo la apariencia de una simple referencia a lo ya conocido, toda una proposición: *M.A. est un adepte de toujours de l'économie de marché*. Frecuente así mismo en la prensa, y utilizada también, a veces, para introducir nuevas predicaciones, la anáfora conceptual, resume lo ya dicho y lo categoriza mediante una denominación (*cette candeur/une telle candeur/une candeur pareille...*). En el ejemplo siguiente, la anáfora *cette heureuse évolution*, introduce una apreciación del enunciador y, de este modo, imprime al discurso una orientación argumentativa:

Après le «non» danois et le modeste «oui» français, les Douze semblent avoir enfin pris conscience que c'en était fini de l'Europe en catimini. A chaque nouvelle étape, la Communauté devra désormais s'assurer que ses objectifs sont compris du plus grand nombre [...]. *Transparence et participation seront, dans l'après-Maastricht, les deux atouts de l'»Europe démocratique*». Si *cette heureuse évolution* se confirmait, le référendum français aura fait oeuvre utile en contribuant à purger l'Europe de ses arrogances (*Le Monde*, 22-9-1992).

Hay que tener en cuenta, por lo tanto, los efectos derivados de la anáfora utilizada, ya que a menudo varias soluciones son posibles y los efectos discursivos resultan ser diferentes. En este mismo sentido Reichler-Béguelin (1995) ha analizado las funciones pragmáticas y de planificación del discurso de la anáfora demostrativa. Resulta así mismo interesante estudiar el empleo de la anáfora en relación con los géneros discursivos. Así, por ejemplo, tanto el discurso burocrático como el de carácter técnico y especializado presentan, en general, un número elevado de anáforas demostrativas para indicar que, incluso ante variaciones semánticas mínimas, se sigue aludiendo a lo mismo, priorizando así la precisión y la evitación de toda ambigüedad.

LA ANÁFORA PRONOMINAL

En lo que respecta a la anáfora pronominal, también hay que tener en cuenta factores diversos, que pueden interactuar en su empleo discursivo¹¹. Sin detenernos en los morfosintácticos, más conocidos, diremos desde una perspectiva textual que el pronombre personal anafórico tiene un papel de confirmación o ratificación del tema discursivo. Consideremos de entrada los pronombres personales en el ejemplo siguiente:

[...] le voyageur ne peut rester insensible à la courbe perspective que propose, dès le bord de la route, la voie qui monte au village ancien. *S' il s'y engage, la taille des haies formant créneaux de part et d'autre ne doit pas le distraire du caractère inhabituel de la chaussée. Celle-ci en effet, évitant les changements de direction, décrit les anneaux d'une spirale, tout autour de la butte, jusqu'au sommet [...]* (Ricardou, 1969: 28).

¹¹ Para un resumen de diferentes enfoques sobre la interpretación de pronombres cf. R. Whittaker (1992: 157-184).

il y *le* remiten a *le voyageur*, tema discursivo sin lugar a dudas, según una progresión de tema constante, hasta que este tema es desplazado por uno nuevo: *la chaussée*. Para que un SN en posición de dependencia sintáctica acceda al papel de tema discursivo, desplazando incluso a un tema humano, es necesario un pronombre demostrativo como *celle-ci*. El pronombre personal puede ser considerado, pues, como una mera indicación de continuidad temática. Como señala Combettes (1986), el lector no se pregunta, a cada ocurrencia de un pronombre personal, a qué grupo nominal sustituye, sino que continúa considerando que se trata del mismo tema discursivo. Y sólo cuando la organización temática no hace emerger claramente como tema discursivo a un grupo nominal dominante, se hacen intervenir las reglas morfosintácticas para encontrar el segmento correlativo. En este sentido, además de las marcas de género y número, y a falta de otras indicaciones, el pronombre personal anafórico se interpreta como anaforización del sujeto sintáctico (sobre todo si es agente y aún más si es humano)¹² antes que del objeto y de éste antes que de un complemento circunstancial o de un complemento del nombre¹³. Por el contrario, los anafóricos *celui-ci*, *ce dernier*, están especializados en establecer la relación con un segmento próximo, poco prominente en el efecto de representación inducido por el contexto izquierdo, posibilitando así, el cambio de grupo dominante. Estos anafóricos, al igual que *le premier*, *le second*, están especializados en evitar los riesgos de ambigüedad cuando el texto presenta varios segmentos susceptibles de ser anaforizados por un mismo pronombre.

Ahora bien, existen de todos modos diversos factores que inciden en la estabilidad de un tema discursivo¹⁴. Entre ellos, el más importante es la coherencia semántica global, que puede determinar el mantenimiento de un tema o su sustitución por otro y, consecuentemente, el tipo de progresión seguida por el texto.

ALGUNOS EJEMPLOS DE ANÁFORAS EN *Un Coeur simple*

Como es característico en Flaubert, en este cuento predominan los pronombres personales anafóricos para marcar la continuidad temática. Algunos empleos de este tipo de anáfora merecen, sin embargo, una especial atención. El principio de este cuento, introduce dos personajes susceptibles de ser anaforizados por el pronombre *elle* (*Mme Aubain* y *Félicité*):

¹² La introducción de un actante humano en posición de sujeto tiende a destituir a un tema no humano y no animado; de ahí la sonrisa a que se presta un enunciado como *Le biberon doit être tenu propre: quand l'enfant a bu, on le devisse et on le place sous le robinet* (citado por Reichler-Béguelin, 1988: 32). Resulta difícil, por el contrario, deshacerse de un tema humano: *Le Président de la Cour d'Assises disparaît sous le plancher: il était pourri (ib.)*, donde *il* parece remitir a este tema humano, produciéndose, también en este caso, cierto equívoco no exento de humor.

¹³ Lo mismo ocurre con los posesivos, que al tener también un contenido descriptivo pobre, sólo pueden marcar la relación anafórica con un elemento que ocupe ya el primer plano discursivo.

¹⁴ Charolles (1976) ha mostrado cómo, en ciertos casos, es el semantismo de algunos verbos el que determina si se mantiene o no un mismo tema controlador. Por otra parte, la presencia de un conector argumentativo como *en effet*, contribuye a asegurar la estabilidad de un tema (Reichler-Béguelin, 1988).

Pendant un demi-siècle, les bourgeoises de Pont-l'Évêque envièrent à Mme Aubain sa servante Félicité.

Pour cent francs par an, *elle* faisait la cuisine et le ménage, cousait, lavait, repassait, savait brider un cheval, engraisser les volailles, battre le beurre, et resta fidèle à sa maîtresse - qui cependant n'était pas une personne agréable (Flaubert 1952: 591).

En este caso, es la coherencia semántica global la que determina que *Félicité*, que no aparece de entrada como tema discursivo, adquiere este papel textual y sea el segmento anafórico por el pronombre *elle*. En efecto, el segmento enunciado, que enlaza como explicación del primero, introduce predicados que están en relación con la condición de *servante* de *Félicité*. Este tipo de progresión se da varias veces en el cuento, produciendo saltos temáticos¹⁵:

Une lucarne au second étage éclairait la chambre de Félicité, ayant vue sur les prairies.

Elle se levait dès l'aube, pour ne pas manquer la messe [...] (Flaubert, 1952: 592).

En otros fragmentos del cuento, la atención que exige la lectura de la anáfora pronominal produce también efectos interesantes. Así, después de un párrafo en que *Félicité* y Mme Aubain aparecen como un sólo actor a través del pronombre plural *elles*, que las designa conjuntamente como tema discursivo, la prominencia que adquiere a continuación *Félicité*, aún siendo clara, no basta para desplazar de forma absoluta a *Mme Aubain*; esto puede producir ocasionalmente cierta indecisión en el establecimiento de la cadena anafórica *Félicité... son coeur ... elle*, lo cual contribuiría a producir, aquí, un efecto de amalgama entre los dos personajes femeninos:

Leurs yeux se fixèrent l'une sur l'autre [...]; enfin la maîtresse ouvrit ses bras, la servante s'y jeta; et elles s'étreignirent, satisfaisant leur douleur dans un baiser qui les égalisait.

C'était la première fois de leur vie, Mme Aubain n'étant pas d'une nature expansive. *Félicité* lui en fut reconnaissante comme d'un bienfait, et désormais la chérit avec un dévouement bestial et une vénération religieuse.

La bonté de *son coeur* se développa.

Quand *elle* entendait dans la rue les tambours d'un régiment en marche, *elle* se mettait devant la porte [...] (Flaubert, 1952: 612-613).

Resulta interesante resaltar, por último, que en contraste con la anáfora pronominal, las escasas anáforas léxicas (incluso las definidas) sirven, en este cuento, para introducir el punto de vista de un personaje:

Devant l'auberge, *elle* [*Félicité*] questionna une bourgeoise en capeline de veuve, et qui précisément cherchait une cuisinière. *La jeune fille* ne savait pas grand-chose,

¹⁵ Genette (1982: 125) refiriéndose a estos *anaphoriques décalés qui renvoient (...) à un substantif qui n'était pas le sujet de la phrase précédente*, habla de efecto de dislocación y comenta las observaciones de Proust a este respecto así como sus pastiches.

mais paraissait avoir tant de bonne volonté et si peu d'exigences que Mme Aubain finit par dire:

—Soit, je vous accepte! (Flaubert, 1952: 594).

La jeune fille marca aquí un cambio de punto de vista, introduciendo el de Mme Aubain.

En el fragmento siguiente, la anáfora demostrativa *ces quatre personnes* marca también, un cambio de punto de vista, introduciendo una focalización interna, desde el punto de vista de los bueyes que ven pasar a Félicité, Mme Aubain, Paul y Virginie:

Un soir d'automne, on s'en retourna par les herbages.

La lune à son premier quartier éclairait une partie du ciel, et un brouillard flottait comme une écharpe sur les sinuosités de la Toucques. Des boeufs, étendus au milieu du gazon, regardaient tranquillement *ces quatre personnes* passer (Flaubert, 1952: 596).

Del mismo modo, observamos, por último, a continuación, que *cette femme* introduce el punto de vista del conductor:

Derrière elle [Félicité], dans un nuage de poussière et emportée par la descente, une malle-poste au grand galop se précipitait comme une trombe. En voyant *cette femme* qui ne se dérangeait pas, le conducteur se dressa par-dessus la capote [...] (Flaubert, 1952: 616).

Sin pretender ser ni mucho menos exhaustivos, hemos intentado en este trabajo poner el acento sobre el importante papel textual de la anáfora. Como decíamos en la introducción, se trata de un aspecto fundamental en la enseñanza-aprendizaje de la escritura. Hemos intentado así mismo, mostrar que, a menudo, el empleo de la anáfora implica opciones discursivas que conllevan efectos diversos, los cuales han de ser analizados en los textos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BALZAC, H. de (1950): *Facino Cane* in *La Comédie Humaine*, v. VI. París: Gallimard/Bibliothèque de la Pléiade.
- (1951): *Le Père Goriot* in *La Comédie Humaine*, v. II. París: Gallimard/Bibliothèque de la Pléiade.
- BLANCHE-BENVENISTE, C. y CHERVEL, A. (1966): «Recherches sur le syntagme substantif», *Cahiers de lexicologie*, IX, 2, pp. 3-37.
- COMBETTES, B. (1986): «Introduction et reprise des éléments d'un texte», *Pratiques*, 49, pp. 69-84.
- CORBLIN, F. (1983): «Les désignateurs dans les romans», *Poétique*, 54, pp. 199-211.
- (1987): *Indéfini, défini et démonstratif*. Ginebra: Droz.
- CORNISH, F. (1990): «Anaphore pragmatique, référence, et modèles du discours» in Kleiber et al. (eds.). *L'anaphore et ses domaines*. Metz/París: Centre d'Analyse Syntaxique/Klincksieck, pp. 81-96.

- CHAROLLES, M. (1976): «Grammaire de texte - Théorie du discours - Narrativité», *Pratiques*, 11/12, pp. 133-154.
- CHOMSKY, N. (1981): *Lectures on government and binding*. Dordrecht: Foris.
- (1982): *Some concepts and consequences of the theory of government and binding*. Cambridge: MIT Press.
- FLAUBERT, G. (1952): *Un coeur simple* in *Oeuvres*, v. II. Paris: Gallimard/Bibliothèque de la Pléiade.
- GENETTE, G. (1982): *Palimpsestes*. Paris: Seuil.
- GIDE, A. (1958): *L'immoraliste* in *Romans*. Paris: Gallimard/Bibliothèque de la Pléiade.
- KLEIBER, G. (1986): «Pour une explication du paradoxe de la reprise immédiate Un Ni - Le Ni / Un Ni - Ce Ni», *Langue française*, 72, pp. 54-79.
- (1994): *Anaphores et pronoms*. Louvain-la Neuve: Duculot.
- LA FONTAINE, J. de (1954): *Fables* in *Oeuvres Complètes*, v. I. Paris: Gallimard/Bibliothèque de la Pléiade.
- MILNER, J. C., GODARD, PICA *et al.* (1984): *Recherches sur l'anaphore*. Paris: DRL Paris-7.
- QUENEAU, R. (1944): *Loin de Rueil*. Paris: Gallimard.
- RASTIER, F. *et al.* (1994): *Sémantique pour l'analyse*. Paris: Masson.
- REICHLER-BEGUELIN, M.-J. (1988): «Anaphore, cataphore et mémoire discursive», *Pratiques*, 57, pp. 15-43.
- (1995): «Alternatives et décisions lexicales dans l'emploi des expressions démonstratives», *Pratiques*, 85, pp. 53-86.
- RICARDOU, J. (1969): *Les lieux-dits*. Paris: Gallimard.
- WHITTAKER, R. (1992): *Textualidad y comprensión de textos*. Madrid: Ed. de la Universidad Complutense.
- ZRIBI-HERTZ, A. (1990): «NP Lui-même» in Kleiber *et al.* *L'anaphore et ses domaines*. *op. cit.*, pp. 377-402.